

El Debate

Dialectos

Dice la Biblia que Dios castigó la soberbia de los hombres que pretendieron construir una torre que llegara hasta el cielo, confundiendo su lenguaje. Fue el nacimiento de los idiomas.

Pero, desde los bíblicos tiempos, diversas circunstancias históricas han hecho engrosar el número de lenguas y, de su entrecruzamiento, han nacido los dialectos.

Aldous Huxley en "Esas hojas estériles" dice que conocer una palabra en diferentes idiomas, es conocer mejor su íntimo significado, alcanzar la revelación de los diferentes matices que en ella caben, abarcar su completa verdad. Sabemos que la acepción que una palabra tiene en un idioma es diferente a la escueta traducción que nos da el diccionario, en otro; ella revela, en parte, la psicología de la nacionalidad, pero, que yo sepa, no se ha hecho un estudio de la forma cómo el uso de las palabras de un idioma, limita o amplía, los sentimientos y la idiosincrasia del pueblo que las emplea. Porque, si bien el idioma es una forma de expresión, las palabras y la acepción que ellas tienen, circunscriben, a su vez, la íntima conducta de quienes se sirven de ellas. Es un continuo rebotar en que causas y efectos se confunden.

En Nueva York, tengo la certeza de estar asistiendo al apasionante espectáculo del nacimiento de un dialecto. Su origen, hay que encontrarlo en el "status" de Estado Asociado a los Estados Unidos de Norteamérica de Puerto Rico y a las condiciones económicas y a la superpoblación de la isla, que trae consigo una corriente inmigratoria de portorriqueños al continente, cuya magnitud ya empieza a preocupar a sociólogos y políticos. La meca de esta peregrinación en busca de mejor fortuna, es Nueva York.

Entre los diversos problemas que debe afrontar el portorriqueño en su nuevo albergue, no es el menor el del idioma. A su estridencia latina, deben sobreponer la parsimonia sajona, a su extrovertida afectividad, la templada frialdad norteamericana, a sus palabras con vocales llenas y consonantes que le obligan a mover ampliamente sus labios, el vocabulario parco, sintético, económico en gestos, pero generoso en sutiles sonidos del inglés. La mezcla es desconcertante y, para quienes no están acostumbrados a escucharla, ininteligible.

Porque lo que muchos portorriqueños están hablando hoy en día en Nueva York, especialmente, no es ni inglés ni español, sino un principio de dialecto con características propias, como son propias, también, la vestimenta del inmigrante, sus costumbres y sus sentimientos. El nuevo medio que le es ajeno, los ha cambiado y ha cambiado su idioma y, al hacerlo, principia a brotar una especie de nueva nacionalidad, que sin entrar a darle valores cualitativos, debemos, al menos, decir que es nueva y diferente.

Así es como nacen los dialectos y, también, como nacen las nacionalidades. No hay nada de extrañarse en esto. Hoy, es un dialecto el que se ha convertido en el idioma universal, el que se habla bien o mal —siempre más mal que bien ya que aún se encuentra en constante evolución— y que es el dialecto norteamericano.

Cuando, hace una semana, me estaba matriculando en la Universidad de Columbia, me llamó la atención una niña que ocupaba unos puestos más adelante que yo en la fila y a la que el funcionario encargado del trámite respectivo, la hacía repetir varias veces lo que decía. Desde mi ubicación no alcanzaba a entender bien, pero por el movimiento de sus labios, por los sonidos que alcanzaba a oír, me daba cuenta de que era una extranjera. Con curiosidad, me acerqué e miré sus papeles para saber su nacionalidad y cual era ese idioma que tanto costaba descifrar, al paciente norteamericano que la escuchaba.

Era inglesa.

SERGIO VODANOVIC